

Grandes momentos catequéticos en la formación religiosa del niño

RAFAEL ARTACHO LÓPEZ

I. INTRODUCCION

Ya he indicado en otro momento mi convicción de que la Pedagogía religiosa cristiana debería retrotraerse a un momento metodológico de secularización. Metodológicamente debe secularizarse prescindiendo de los supuestos cristianos y teológicos sobre los que se ha ido construyendo hasta el momento, volviendo a la pedagogía hasta recuperar inicialmente el carácter de ciencia experimental que tiene toda Pedagogía.

Evidentemente, no puede construirse una ciencia experimental sobre los supuestos de la eficacia de la Palabra de Dios. Como tampoco pueden seriamente trazarse esquemas pedagógicos experimentales sobre un supuesto esquema de la "Pedagogía divina" tal como se trasluce en el proceso de la Revelación. No es mi intención negar ninguna de las dos cosas. Solamente sostengo que sobre ninguno de los dos esquemas tomados como principio fundamental, puede construirse una ciencia experimental como es la Pedagogía. Como sostengo, asimismo, que esta secularización no tiene por qué ir más allá de ser un momento metodológico en la base, que ha de ser, posteriormente, superado. Dicho de otro modo, se trataría de que la Pedagogía religiosa cristiana comenzara por ser Pedagogía sin más. Que luego vengan las peculiaridades de los adjetivos a completar su significación.

Esta sugerencia de comenzar desde la base no supone desprecio alguno para los avances realizados hasta ahora por la Teología Pastoral Catequética. Pienso que la mayoría de lo conquistado es absolutamente válido. Pero también pienso que muchos de los problemas básicos que hoy tiene planteados la pedagogía catequética no tendrán salida mientras la Catequesis forme parte más de una Teología (pastoral catequética) que de una Pedagogía.

* * *

Un somero examen de la praxis didáctica aclarará y situará en un contexto adecuado cuanto acabo de afirmar. La programación de contenidos para un ciclo cualquiera de Catequesis se halla sustancialmente condicionado por el principio, de orden teológico, de la integridad: en cada ciclo ha de ser íntegramente transmitido la totalidad del Mensaje cristiano (ver Directorio General de Pastoral Catequética, núm. ...). Este principio ha llevado a la Teología Pastoral Catequética a realizar serios esfuerzos en la línea de adaptación, teniendo en cuenta los distintos niveles de edad del sujeto de catequización. No obstante, el problema de la adaptación ha ido llevando cada vez a revisiones más profundas, hasta poner en cuestión la totalidad del lenguaje religioso cristiano.

Es éste un ejemplo de largo camino recorrido sin aparente salida al final.

Ahora bien: si nos acercamos al campo de la Pedagogía y oteamos el horizonte actual del movimiento pedagógico caeremos en la cuenta de hasta qué punto la obsesión por los contenidos ha dejado hace tiempo de ser un supuesto. El contenido es, ciertamente, importante. Pero no es el objeto de la Ciencia en cuestión quien define el proceso pedagógico. Es el nivel de maduración del individuo

quien determina su conducta ante la realidad objeto de la conciencia: no se trata de ADAPTAR los contenidos al nivel de comprensión del hombre, sino de configurar la conducta del hombre a la realidad. Un aspecto de la totalidad de los factores de conciencia es la de definir esa realidad a la conciencia como un contenido mental. Pero eso es SOLO UN ASPECTO, y de muy otra índole que la simple adaptación de contenidos.

No es éste, por desgracia, el panorama que presenta la didáctica religiosa cristiana, por más que originariamente fuera definida como una "DIDASCALIA". Lo que estoy proponiendo es, exactamente, que la Catequesis avance por el camino descrito. Aceptar esta propuesta supondrá:

1.º Considerar, en primera instancia, la religión como una actividad del sí mismo humano, e investigar los procesos de crecimiento del hombre frente a "lo religioso" (o "lo sagrado") en todos los ámbitos en los que tiene lugar la relación.

Sólo de este modo podrá ser recuperada la espontaneidad personal del proceso, la frescura de lo que se abre como permanentemente nuevo a la conciencia del hombre.

2.º Sólo en un segundo momento, y desde los presupuestos de la fenomenología religiosa, se podrá volver sobre el "religioso concreto" que constituye la totalidad del hecho cristiano, detectar en esta atalaya las sinuosidades por las que transcurren, para el creyente cristiano, "el camino, la verdad y la vida".

Por supuesto que ello equivale también a establecer un método metodológico de reducción del hecho cristiano a sus datos fenomenológicos. Esto puede asustar o suscitar desconfianzas. Pero es evidente del propio hecho cristiano que el misterio ha tenido que fenomenizarse para poder hacerse tangible a la conciencia del hombre. Y es precisamente este camino de fenomenización el que se trata de buscar.

* * *

Los "grandes momentos" catequéticos

No es una mera digresión cuanto acabo de exponer hasta aquí el presupuesto necesario para poder hablar, sin ambigüedad ni autoengaño, de "grandes momentos" catequéticos en la educación religiosa del niño.

Llamo autoengaño a lo que, con frecuencia, se está produciendo en la praxis actual de la Iglesia. Al hecho de hablar de "gra

momentos" catequéticos, aplicando el término con absoluta desconsideración de la realidad, a la manera de un caleidoscopio que embellezca la propia inoperancia.

En efecto, se tiene como "gran momento" catequético la preparación del niño a su primera comunión; se habla de "gran momento" cuando se prepara al preadolescente para el Sacramento de la Confirmación; se habla también de un equivalente ("momentos fuertes") para designar la preparación a algunos momentos fundamentales del año litúrgico; puede que, incluso, sea tenido por "gran momento" el desarrollo ocasional de una Catequesis en torno a un acontecimiento extraordinario de la vida del niño (primer encuentro con la muerte, bautismo de un nuevo hermanito...).

Cabe preguntarse, sin embargo, por el criterio que determina esta valoración. Porque si el criterio es de orden teológico queda al descubierto su debilidad cuando el "gran momento" por excelencia, el Bautismo, se halla desprovisto de toda relevancia para ser vivido como tal por la ausente conciencia del recién nacido. En relación con este "gran momento", los otros, desde el punto de vista teológico, son, evidentemente, momentos menores. Pero si el criterio es de orden pedagógico, difícilmente se le podrá dar otra equivalencia que el de la "oportunidad". No se hable entonces de "gran momento", sino de "momento oportuno". Pero esto es bien distinto, en cuanto a pretensiones catequéticas, de lo que significa "vivir un gran momento".

A qué se le puede llamar un "gran momento"

No es un "gran momento" el que, a priori, se determina que lo sea, sino el que es vivido, como tal, por un sujeto determinado. Un hecho puede tener importancia objetiva en sí mismo. Pero si el sujeto no lo experimenta como tal, esa denominación no pasará de ser un flatus vocis. Así, pues, una primera connotación fenomenológica de lo que puede entenderse como "gran momento" es el hecho de que lo vivido se revele como tal a la conciencia y a la experiencia del hombre.

La segunda observación sería la siguiente: un gran momento constituye para la conciencia la divisoria entre un "antes" y un "después". A nivel de conciencia, el "antes" es vivido por el individuo en un estado de proyección permanente hacia ese momento. El "gran momento" se define, durante este período, a la conciencia, como un objetivo; como el objeto de una aspiración. Hay algo en ese momento que atrae al hombre como algo experiencialmente valioso que le convierte en meta. Y es que el "después" de ese "gran momento" se revela al hombre como una situación de ple-

nitud, que cambia sustancialmente el "status" vivido antes del gran momento. Este se revela a la conciencia como el pórtico de la nueva situación. A modo de ejemplo puede recordarse el esquema clásico del matrimonio. La celebración del contrato matrimonial es experimentada por el hombre como el "gran momento" que establece la divisoria entre dos modos de vida o entre dos modos de relación: el que supone el noviazgo como situación típica del "antes" y el "status" matrimonial como tipo del "después" del gran momento. En otro orden, piénsese en lo que supone para la experiencia del adolescente o del joven el paso de la escolaridad media a una escolaridad universitaria o el acceso a la mayoría de edad.

Quiero terminar insistiendo sobre la primera observación: lo que a un hecho o a un acontecimiento le da su carácter de "gran momento" es el que se define como tal a la conciencia del hombre no la etiqueta verbal con que se le pueda designar desde criterios ajenos a esta experiencia, por muy objetivos que tales criterios puedan ser.

II. LA PERSPECTIVA DE LA FENOMENOLOGÍA RELIGIOSA

Siguiendo el esquema metodológico con el que he comenzado, quiero intentar una definición de lo que en la Catequesis cristiana puede ser considerado como "gran momento" del tratamiento pedagógico y los itinerarios metodológicos a seguir.

1. *La fenomenología religiosa como criterio*

La historia de las religiones comparada y la fenomenología religiosa nos proporciona los datos básicos para establecer las bases de una antropología religiosa. La aparición y el desarrollo posterior del hecho religioso a la conciencia del hombre individuo y grupo religioso humano pueden quedar configurados con una claridad nitidez. A partir de este bosquejo pueden determinarse las *dinámicas antropológicas de religión* como leyes fundamentales que configuran la formación del universo religioso humano.

A este respecto, debo apresurarme a decir que el desarrollo del hecho religioso cristiano constituyente —lo que llamamos Revelación cristiana— no escapa a los procesos y a las leyes que son comunes al fenómeno religioso general.

De ahí que los datos de la fenomenología y la antropología religiosa puedan aportar a la pedagogía catequística esas leyes funda-

tales que definen las condiciones antropológicas de religión. A partir de ellas pueden establecerse los “grandes momentos religiosos” realmente significativos para el creyente cristiano, y que constituyen el objeto del proceso pedagógico que nos ocupa.

2. *El arquetipo religioso de la “iniciación”*

La entrada del hombre en el universo religioso se produce, o bien por la fulgurante experiencia religiosa, o bien por el rito de la iniciación. Este intenta, de modo constante, reproducir en el individuo las condiciones y los componentes de la experiencia religiosa que dio origen a la religión en la que el individuo es iniciado. La iniciación supone, por tanto, la participación de una experiencia religiosa, a través de cauces rituales, cuya finalidad acabo de transcribir. Es evidente que en las religiones ya constituidas la entrada al mundo religioso se produce a través de la iniciación.

Ahora bien: esta iniciación se efectúa a modo de rito que supone la incorporación del individuo no sólo al mundo religioso, sino a toda la vida de la comunidad, como miembro de pleno derecho. Se da, por tanto, un cambio sustancial del “status” individual y social del iniciado. El rito de la iniciación constituye el “gran momento” que establece la divisoria drástica entre el “antes” y el “después” en la vida del individuo.

En otro orden de cosas, la iniciación supone una “revelación”. Y no sólo del Misterio religioso, sino de los secretos particulares de los que la comunidad se halla en posesión. Pero hay en esta revelación una característica que conviene resaltar aquí: el acceso mental al Misterio por el camino de la participación. El Misterio se revela al hombre en la medida en que el hombre participa en él, en la acción religiosa y en la vida de la comunidad.

Evidentemente, esta iniciación requiere ser efectuada en un momento en que el hombre es sujeto pleno de conciencia y tiene posibilidades de participación activa. Dicho de otra manera, la iniciación pide que el hombre haya llegado a una cierta plenitud de ser. En efecto, para que el rito de la iniciación pueda ser objeto de acceso, el hombre deberá superar, en la mayoría de los casos, una prueba: realizar una cacería en solitario, vencer en un combate singular, sobrevivir durante largo tiempo en la soledad del desierto o de la jungla, arrebatar un determinado objeto del campamento enemigo, realizar con sus medios un viaje peligroso..., según las condiciones del grupo religioso en el que tiene lugar la iniciación. La prueba significa, en definitiva, que el hombre deja constancia de que ha alcanzado una plenitud de ser que le hace acreedor

a la entrada en el mundo religioso adulto y en la vida de la comunidad.

Cabe destacar aquí la peculiar situación del hombre "antes" de la iniciación, porque puede dar pistas al pedagogo acerca de las condiciones previas a crear en el individuo que se va a iniciar:

- Puede decirse que antes de la iniciación el individuo es *sujeto pasivo* de religión. El individuo conoce datos de la religión ambiental. Está en contacto con ella, porque la familia y el grupo manifiestan su religiosidad en objetos, ritos o actitudes. Asiste a ciertos ritos. No a todos ni en toda su plenitud. Pero los datos religiosos que posee son fragmentarios. Capta en ellos siempre que existe algo más de lo que se manifiesta...
- Es claro que el individuo posee conocimientos religiosos aún antes de la iniciación. Pero tales conocimientos tienen siempre la virtud de remitirlo a una esfera dominada por el "secreto", que solamente poseen los mayores, los iniciados. Llegar a la iniciación supone, entre otras cosas, satisfacer la curiosidad que despierta en él lo fragmentario que conoce.
- De este modo, la futura iniciación se convierte para el individuo en objeto de aspiración: no sólo por lo que supone de descubrimiento del fascinante mundo donde los interrogantes de lo fragmentario va a ser definitivamente aclarado, sino también porque equivale a su pleno reconocimiento como persona capaz por parte del grupo. Reconocimiento que va a traducirse en el hecho de que el grupo va a confiarle a él también los misterios y los secretos de la comunidad, y va a contar, en adelante, con el esfuerzo de su participación.

La iniciación es, pues, experimentada "antes" por el individuo como un objetivo o, mejor, como EL objetivo de toda su infancia y adolescencia.

III. EL FENOMENO RELIGIOSO CRISTIANO. AMBIGUEDAD DE LA INICIACION EN LA SITUACION ACTUAL

Pienso que no es casualidad que aquellos hechos a los que designamos como "grandes momentos" de la experiencia religiosa cristiana hayan sido denominados en la Iglesia "Sacramentos de INICIACION". Evidentemente, el término iniciación nos remite a cuanto llevamos observando sobre los datos del fenómeno religioso general. Mas, cuando volvemos los ojos hacia la praxis cristiana actual de esta iniciación, volvemos a encontrarnos, inevitablemente, con el

problema de la degradación del lenguaje o, lo que es peor, con la degradación de los propios contenidos de experiencia que designa el lenguaje. En efecto, los tradicionales sacramentos de iniciación parece que no inician a nada, desde el punto de vista de la experiencia del creyente. La falta de conciencia en el niño que se bautiza suprime toda posibilidad de que la iniciación cristiana se convierta para el creyente en una experiencia. Quizá el rito que más podría definirse a la conciencia como rito de iniciación sería el de la primera comunión, ya que es el único que puede ser vivido como la puerta del derecho a comulgar cuantas veces el individuo lo desee. Pero, aparte de ser éste el único dato en su favor, es evidente que la ausencia de contexto trivializa la experiencia, dando a ésta un carácter episódico. Y si del Sacramento de la Confirmación se trata, baste decir que parece definirse a la experiencia como aquel rito que ni quita ni pone. Pregúntese, si no, a los catequistas, que tan denodada como inútilmente se esfuerzan en hacer comprender a los preadolescentes que se trata de un momento decisivo en su vida. Realmente, lo decisivo no aparece por ninguna parte como signo que se abra a la experiencia de la divisoria entre un "antes" y un "después".

Si a nivel de experiencia los ritos de iniciación no inician a nada, no pueden tener el significado ni ostentar el calificativo de "grandes momentos", ya que no pueden ser vividos como tales. No determinan, en la realidad, para nada la vida de la persona. No tienen un "después" que los convierta a la experiencia en objeto de aspiración; el "antes" no será para el niño más que una carga o un episodio, según los casos. A este respecto, piénsese cuánto más significativo resulta a la experiencia del niño o del preadolescente el acontecimiento académico de la superación de un curso, el paso de una etapa de enseñanza a otra, o, en el caso del joven, la llegada a la mayoría legal de edad.

No parece, pues, que en las estructuras catequéticas del presente haya situaciones que puedan definirse a la conciencia como "grandes momentos". Sin embargo, desde el punto de vista del pedagogo, la existencia de estos "grandes momentos" en el proceso de la iniciación religiosa aparece como una de las *condiciones antropológicas de religión* esenciales para el desarrollo de esa actividad del síquismo humano que es la actividad religiosa.

Afortunadamente, sin embargo, contamos con otras épocas, en la propia Iglesia, en las que el fenómeno cristiano se encuentra mucho más vinculado a la espontaneidad de la actividad religiosa general, el lenguaje se encuentra mucho menos degradado y donde el término "iniciación" supone un contenido realmente significativo para la experiencia del hombre. La praxis pedagógica de estas épo-

a la entrada en el mundo religioso adulto y en la vida de la comunidad.

Cabe destacar aquí la peculiar situación del hombre "antes" de la iniciación, porque puede dar pistas al pedagogo acerca de las condiciones previas a crear en el individuo que se va a iniciar:

- Puede decirse que antes de la iniciación el individuo es *sujeto pasivo* de religión. El individuo conoce datos de la religión ambiental. Está en contacto con ella, porque la familia y el grupo manifiestan su religiosidad en objetos, ritos o actitudes. Asiste a ciertos ritos. No a todos ni en toda su plenitud. Pero los datos religiosos que posee son fragmentarios. Capta en ellos siempre que existe algo más de lo que se manifiesta...
- Es claro que el individuo posee conocimientos religiosos aún antes de la iniciación. Pero tales conocimientos tienen siempre la virtud de remitirlo a una esfera dominada por el "secreto", que solamente poseen los mayores, los iniciados. Llegar a la iniciación supone, entre otras cosas, satisfacer la curiosidad que despierta en él lo fragmentario que conoce.
- De este modo, la futura iniciación se convierte para el individuo en objeto de aspiración: no sólo por lo que supone de descubrimiento del fascinante mundo donde los interrogantes de lo fragmentario va a ser definitivamente aclarado, sino también porque equivale a su pleno reconocimiento como persona capaz por parte del grupo. Reconocimiento que va a traducirse en el hecho de que el grupo va a confiarle a él también los misterios y los secretos de la comunidad, y va a contar, en adelante, con el esfuerzo de su participación.

La iniciación es, pues, experimentada "antes" por el individuo como un objetivo o, mejor, como EL objetivo de toda su infancia y adolescencia.

III. EL FENOMENO RELIGIOSO CRISTIANO. AMBIGUEDAD DE LA INICIACION EN LA SITUACION ACTUAL

Pienso que no es casualidad que aquellos hechos a los que designamos como "grandes momentos" de la experiencia religiosa cristiana hayan sido denominados en la Iglesia "Sacramentos de INICIACION". Evidentemente, el término iniciación nos remite a cuanto llevamos observando sobre los datos del fenómeno religioso general. Mas, cuando volvemos los ojos hacia la praxis cristiana actual de esta iniciación, volvemos a encontrarnos, inevitablemente, con el

problema de la degradación del lenguaje o, lo que es peor, con la degradación de los propios contenidos de experiencia que designa el lenguaje. En efecto, los tradicionales sacramentos de iniciación parece que no inician a nada, desde el punto de vista de la experiencia del creyente. La falta de conciencia en el niño que se bautiza suprime toda posibilidad de que la iniciación cristiana se convierta para el creyente en una experiencia. Quizá el rito que más podría definirse a la conciencia como rito de iniciación sería el de la primera comunión, ya que es el único que puede ser vivido como la puerta del derecho a comulgar cuantas veces el individuo lo desee. Pero, aparte de ser éste el único dato en su favor, es evidente que la ausencia de contexto trivializa la experiencia, dando a ésta un carácter episódico. Y si del Sacramento de la Confirmación se trata, baste decir que parece definirse a la experiencia como aquel rito que ni quita ni pone. Pregúntese, si no, a los catequistas, que tan denodada como inútilmente se esfuerzan en hacer comprender a los preadolescentes que se trata de un momento decisivo en su vida. Realmente, lo decisivo no aparece por ninguna parte como signo que se abra a la experiencia de la divisoria entre un "antes" y un "después".

Si a nivel de experiencia los ritos de iniciación no inician a nada, no pueden tener el significado ni ostentar el calificativo de "grandes momentos", ya que no pueden ser vividos como tales. No determinan, en la realidad, para nada la vida de la persona. No tienen un "después" que los convierta a la experiencia en objeto de aspiración; el "antes" no será para el niño más que una carga o un episodio, según los casos. A este respecto, piénsese cuánto más significativo resulta a la experiencia del niño o del preadolescente el acontecimiento académico de la superación de un curso, el paso de una etapa de enseñanza a otra, o, en el caso del joven, la llegada a la mayoría legal de edad.

No parece, pues, que en las estructuras catequéticas del presente haya situaciones que puedan definirse a la conciencia como "grandes momentos". Sin embargo, desde el punto de vista del pedagogo, la existencia de estos "grandes momentos" en el proceso de la iniciación religiosa aparece como una de las *condiciones antropológicas de religión* esenciales para el desarrollo de esa actividad del siquismo humano que es la actividad religiosa.

Afortunadamente, sin embargo, contamos con otras épocas, en la propia Iglesia, en las que el fenómeno cristiano se encuentra mucho más vinculado a la espontaneidad de la actividad religiosa general, el lenguaje se encuentra mucho menos degradado y donde el término "iniciación" supone un contenido realmente significativo para la experiencia del hombre. La praxis pedagógica de estas épo-

cas pueden, ciertamente, servirnos de arquetipo para trazar un nerario de "grandes momentos" en la Catequesis cristiana. Sup que en algo similar a lo que voy a intentar es a lo que se re el último sínodo romano, cuando invitaba a buscar en las fu de la Comunidad cristiana primitiva las pautas que permiti trazar posibles coordenadas actuales de Evangelización y Cateq

IV. LA PRE-RELIGION EN EL FENOMENO RELIGIOSO

La Historia de las religiones recoge un dato significativo, pre en los estadios primitivos de religiosidad, y sobre el cual g en esencia, las hierofanías o manifestación de lo sagrado a la ciencia: se trata de lo que, según el ámbito étnico de procede se llama el "mana" ("oki", "zeme", "megbe", "orenda" y interminables denominaciones). Más allá de las discusiones i historiadores y fenomenólogos de la religión puede decirse q trata de la presencia, experimentada por el hombre, de algo tinto de lo natural, de lo ordinario, de lo común en su especie singulariza un objeto, un animal o una persona.

Tales objetos, animales, personas o hechos son los que, en situ nes religiosas más evolucionadas, se convierten en mediaciones rofánicas, en datos a través de los cuales el hombre descue experimenta la inminente presencia de lo sagrado.

Evidentemente, estas referencias que acabo de hacer no son, e intención, una reclamación gratuita de los cuentos de hadas los viejos mitos. Nos interesan en cuanto aportan datos susta les para el desarrollo de una pedagogía en los niveles en qu estamos moviendo. Cuando hablamos de Pedagogía religiosa actividad religiosa pensando en niños de preescolar o de pri etapa de EGB, es evidente que nos retrotraemos a modelos d ligiosidad en estado muy primitivo, intentando descubrir en los arquetipos iniciales del proceso de religiosización.

Desde este punto de vista resulta particularmente interesan descubrimiento del "mana" en lo que tiene de común con el de las hierofanías. El proceso mental que aquí se da es, básicam el de la SINGULARIZACION de objetos, animales o person las connotaciones que esta singularización lleva consigo puede tablecerse así:

1. Por una parte se establece una *barrera de selección* ent objeto y el resto de los objetos de la misma especie en el do circundante.

2. Pero tal selección no se establece de una manera gratuita ni inobjetiva. Tampoco a través de un complejo proceso de razonamiento. Sino en virtud de una cualidad percibida directamente por el sujeto y que descubre al objeto como algo insólito, nuevo, sorprendente. Diríamos que es el objeto en sí mismo quien en virtud de sus cualidades peculiares establece su barrera con el resto, debido a que manifiesta de forma perceptible una plenitud de ser de la que carecen los objetos circundantes de la especie.
3. Esta percepción de lo singular del objeto hace que el sujeto lo vincule a un más allá de sí mismo. De este modo, el objeto se convierte en manifestación de algo oculto (el Misterio, lo Sagrado).
4. Como consecuencia de ello, el objeto se convierte a menudo en algo peligroso, prohibido... Es decir: se establece entre él y el sujeto una "*barrera de conciencia*". Esta singularización y esta barrera de conciencia son datos que la pedagogía catequética de la iniciación deberá tener en cuenta como elementos fundamentales del sistema.

Cuando más arriba me he referido al "antes" de la *iniciación religiosa* he hecho constar cómo el iniciado no es ajeno al mundo religioso de la comunidad. Conoce ciertos aspectos, sabe de los hechos o de los cultos... Pero estos objetos, por ello mismo, ya están singularizados para él. Pertenecen al mundo distinto del entorno cotidiano, al mundo religioso, y ese sólo hecho los singulariza frente al resto de la especie. Ello hace que surja de modo espontáneo en el individuo la *barrera de conciencia* a la que acabo de referirme. Precisamente, uno de los objetivos de la iniciación va a consistir en la revelación del maná y la supresión de la barrera de conciencia entre el sujeto y el objeto religioso singularizado por la misma comunidad.

V. EL CATECUMENADO Y LA INICIACION CRISTIANA

Cuando en el apartado III me he referido al fenómeno religioso cristiano, he aludido a otras épocas en las que el fenómeno religioso cristiano se ha encontrado más próximo a las fuentes del fenómeno religioso general. Ello quiere decir lo siguiente: en sus orígenes, el fenómeno religioso cristiano se ha comportado, en cuanto a su estructuración y desarrollo, del mismo modo que cualquier otro movimiento religioso, habida cuenta de sus propias peculiaridades. Esto no significa una minusvaloración del hecho cristiano, sino, por

el contrario, caer en la cuenta de hasta qué punto responde propia estructura del hombre. Precisamente por ello, al trazar líneas de una pedagogía de la iniciación cristiana, podemos a estas primeras etapas en las que el movimiento de lo sagrado en el cristianismo se encuentra en más estrecha relación con la estructura humana de todo proceso religioso de iniciación.

En efecto: encontramos en los primeros siglos de la Iglesia una institución catequética profundamente asimilable a los procesos rituales que caracterizan la *iniciación*. Se trata de la institución catecumenal. De hecho, los ritos con los que el proceso catecumenal concluye son, incluso teológicamente, llamados "ritos de iniciación". Tales son el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía.

Sin embargo, el rito no es más que la culminación de un proceso de iniciación. Este proceso es el catecumenado. Se trata, evidentemente, de una iniciación progresiva, que culmina en el momento decisivo de la noche de Pascua. El proceso lo descubrimos jalado por pequeñas iniciaciones sucesivas que representan, cada una de ellas, un paso hacia la iniciación plena. Resulta significativo observar, coincidiendo con la gran mayoría de las religiones históricas, cómo tales pasos en la iniciación de los nuevos creyentes representan, en buena medida, el itinerario de la experiencia religiosa de la comunidad constituyente. Estos jalones en el proceso de iniciación equivaldría a lo que, como tema del artículo, hemos llamado "*grandes momentos*" de una iniciación cristiana. Vamos a intentar describir aquellos pasos que resultan más significativos y un lugar en esta iniciación, y determinar el marco antropológico en el que tienen lugar.

Los "grandes momentos" de la iniciación catecumenal

Si bien no existe una fórmula única, y la estructura del catecumenado aparece fluctuante según épocas e iglesias (tendiendo a la simplificación con el paso del tiempo), es posible detectar en el recorrido histórico y geográfico una serie de hitos realmente significativos del proceso catecumenal, y que pueden ser denominados con toda propiedad, como *grandes momentos* vividos por el hombre en la iniciación. Más o menos, el itinerario puede describirse con grandes rasgos con las siguientes notas:

1. Antes del acceso a la fe nos encontramos con un hombre sensibilizado al problema religioso. Hay que notar que, con frecuencia, se trata de una sensibilización puramente externa. Lo religioso está en el ambiente. Es un dato más del entorno social. Y es un dato más, pero que en algún momento llega a hacerse significativo a la conciencia, está el dato cristiano. Lo cristiano, er

marco social, es una habladuría, un comentario, unas personas más o menos conocidas, o el testimonio de una comunidad. El dato a tener en cuenta, en este punto, es el carácter de entorno social que representa lo cristiano, algo extrínseco al individuo, en una perspectiva muy similar a la que el niño iniciando puede vivir en nuestros días.

2. El paso inicial del hombre hacia la fe, descartadas las grandes experiencias de conversión fulminante, equivale a la respuesta de "sí, me interesa", dada por el hombre ante una masa general de información en la que, como un dato más, entra el hecho cristiano.

3. Entra aquí en juego uno de los elementos más decisivos de la experiencia religiosa de la iniciación. Este hombre, un simple curioso, quizá, en principio, se da cuenta de que sólo puede descubrir la realidad de lo cristiano en la medida en que participe en ello. De esta manera, el descubrimiento pleno de la realidad cristiana sólo puede tener efecto en el momento de la participación plena. Comienza así este hombre a encontrarse sistemáticamente con hechos, objetos, espacios, fórmulas, símbolos que le están vedados. Se repite el caso de los objetos dotados de "mana". Precisamente la iniciación va a consistir en el acceso progresivo a cada uno de esos objetos por el camino de la participación en ellos como miembro de pleno derecho.

Esta misma condición de "participar para descubrir" crea en el hombre un reflejo decisivo que actúa como principio fundamental de la actividad religiosa: el "conocer" religioso es, fundamentalmente, un "ser". El auténtico conocimiento de lo religioso es un conocimiento religioso; más aún, una experiencia religiosa. El "saber" religioso es, a la vez, emoción religiosa, acción religiosa, vivir religioso.

A ello contribuye, de forma determinante, la *distancia de conciencia* establecida entre el sujeto y los objetos vedados. Tener acceso a tales objetos supondrá para el hombre una experiencia de superación. La posibilidad de participación en ellos significará una afirmación de su propia capacidad de ser.

4. En este sentido, también la iniciación catecumenal cristiana coincide, en sus rasgos generales, con las iniciaciones en otros ámbitos religiosos. El aspirante a la iniciación total habrá de superar *pruebas*. La superación de tales pruebas le darán derecho a la participación en los ámbitos, acciones y objetos ante los que se hallaba levantada la *distancia de conciencia*. Los umbrales de un tabú son franqueados con sorpresa, con fascinación, con miedo, pero, al mis-

mo tiempo, constituyen una máxima afirmación de ser. La prueba supone la franquicia de la barrera de conciencia entre el hombre y el objeto sagrado. La prueba supone la comprobación del "yo de ser" a que ha llegado el catecúmeno, y la superación de la prueba comporta para éste su propia autoevaluación positiva como iniciación de sí.

5. Los diferentes esquemas catecumenales presentan una serie de datos a partir de los cuales puede concretarse un esquema general del proceso seguido. Se trata, asimismo, de una serie de ámbitos en los que, paulatinamente, el catecúmeno va siendo introducido como miembro de pleno derecho a la participación. Señalaré algunos de los que pueden resultar más significativos para el intento de establecer los "grandes momentos" en un proceso de iniciación catequética.

En cuanto a la forma concreta, se pueden establecer tres grandes tipos de iniciaciones:

A) Las iniciaciones que revisten la forma de "traditio" de *erga deum* de algo. Los catecúmenos, superada la prueba correspondiente, son considerados aptos para recibir algo: uno de los objetos ante los que ha sido establecida la distancia de conciencia que origina la captación de "mana". Señalaré cuatro tipos de objetos de esta entrega, que son especialmente significativos:

- la entrega del Padrenuestro,
- la entrega del Credo,
- la entrega del Evangelio,
- la entrega de la ley, que reviste, según las áreas y el tiempo distintas formas: Bienaventuranzas, código de conducta cristiano o, en minoría de casos —y posteriormente— el mismo decálogo.

Es de notar, en primer lugar, cómo tales objetos de "traditio" resultan significativo del cuádruple lenguaje religioso cristiano: el lenguaje litúrgico (oración), el lenguaje de las formulaciones doctrinales (Credo), el lenguaje bíblico (Evangelio) y el lenguaje de la conducta (código moral).

Asimismo es preciso hacer notar cómo los procesos o los ritos de la iniciación de otros ámbitos religiosos reciben los mismos aspectos reseñados con las matizaciones propias de cada esquema religioso específico.

- B) Otro tipo de iniciación es el que reviste la forma de “ingressus” o *entrada*. Aquí la distancia de conciencia se ha establecido previamente con relación a un “espacio sagrado”. Hay una barrera espacial que el no iniciado no puede superar. La entrada a ese espacio requiere una plenitud de ser que el catecúmeno no posee. No puede entrar, por tanto, en el recinto acotado. Recuérdese, a este respecto, la función del atrio o las “capillas para catecúmenos”, situadas a la entrada del templo, en catedrales o basílicas, como, por ejemplo, la de San Vicente, en Avila.

Nótese a este propósito cómo ritos aún vigentes de la liturgia bautismal retienen al aspirante al bautismo en la puerta de la iglesia, donde el niño es exorcizado; es decir, donde se suprime en él un impedimento que le previa de la plenitud de ser necesaria para realizar el “ingressus”. Es normal, por otra parte, el rito de la purificación inicial en el aspirante que, en otras religiones, va a ser sometido a este tipo de iniciación.

- C) El tercer tipo de iniciación es el que consiste en la “participatio”. El catecúmeno es considerado apto para participar en tal o cual aspecto de la acción de la comunidad. Con frecuencia, esta participación va vinculada a otra cualquiera de las dos formas de iniciación antes descritas, y resulta lógica consecuencia de las mismas. Así, por ejemplo:

- La “traditio” del Padrenuestro da derecho a participar en la oración común.
- O como en el caso de la “traditio” del Evangelio, a partir de la cual el catecúmeno tiene derecho a participar en la liturgia eucarística de la Palabra, celebrada por la Comunidad. (Recuérdese, a este propósito el “Extra omnes” o el —aún más duro— “extra canes” del comienzo de la Liturgia eucarística, que describe con grafismo fuerte la diferencia existente entre el “antes” y el “después” de una determinada iniciación.)

VI. COORDENADAS PEDAGOGICAS DE LOS “GRANDES MOMENTOS” DE INICIACION CRISTIANA

Tanto la fenomenología religiosa de la iniciación como la propia historia de la iniciación cristiana nos ayudan a precisar las características que cualquiera de los pasos de la iniciación ha de tener

para que pueda definirse a la conciencia y la experiencia del
bre como un "gran momento".

1. Ya he dejado establecido, en primer lugar, cómo para algo pueda ser definido como "gran momento" ha de ser experimentado como tal por el sujeto. No basta con que un acontecimiento cualquiera sea calificado o pensado desde fuera del sujeto como "gran momento" para que entre en la categoría de tales momentos que los criterios de significación teológica califiquen el acontecimiento como "gran momento" no basta. Si la categoría del momento no es objeto de la experiencia del hombre y, sin embargo, la terminología ambiental lo califica así, lo que, en realidad, se deduce es una degeneración del término y la trivialización de lo que, en adelante, pueda ser apostillado con el calificativo "grande".

2. La iniciación supone que, previamente, se ha establecido una *barrera de conciencia* entre el sujeto y el objeto sobre el que se va a realizar la iniciación. Esta barrera de conciencia confiere al objeto de la iniciación el carácter de "tremens", como una de las peculiaridades de lo sagrado. Esta barrera y esta distancia de conciencia se dará si al objeto sobre el que vamos a iniciar le conferimos esta doble característica:

- Una cualidad singularizante, a través de la cual el sujeto percibe (en nuestro caso), aprehenda la existencia de una *dimensión oculta* presente en el objeto.
- La creación en el sujeto de una conciencia de indignación e incapacidad, en su situación actual, para entrar en contacto con el objeto.

Más, por otro lado, el carácter "fascinans" de lo sagrado presente en el objeto hará que éste se convierta a la experiencia del sujeto iniciando en un objeto de existencia. Este carácter de "fascinans" es la condición pedagógica indispensable para la presentación del objeto al iniciando. La acción catequética contará con las siguientes ayudas para hacer descubrir al educando lo fascinante del objeto:

- La consideración social que la comunidad de los ya iniciados presta al objeto en cuestión. Y el secreto con que esta comunidad rodee al objeto frente a los no iniciados.
- La apreciación objetiva de diferencias reales entre los iniciados y los no iniciados, y que sean consideradas como efectos de la iniciación misma y del contacto con el objeto.

- La diferencia de estatuto social de los ya iniciados en el seno de la comunidad, de modo que la iniciación pueda ser objeto de aspiración por los iniciandos.

Es evidente que, sin la barrera o distancia de conciencia, la iniciación no podrá tener sentido experiencial alguno. No existe ninguna iniciación peculiar para lo cotidiano; la relación con ello es habitual y toda la capacitación para lo cotidiano se traduce en adquisición de destrezas. Pero este adiestramiento está muy lejos de lo que, en el campo de la iniciación religiosa, supone la relación con el objeto singularizado por cuanto es objeto de "mana" o supone mediación hierofánica.

Singularizar el objeto y crear respecto de él la *distancia de conciencia serán*, por tanto, los primeros OBJETIVOS pedagógicos en un proceso de iniciación articulado sobre la experiencia de "grandes momentos".

3. Otro de los datos significativos descubiertos consiste en la *superación de una prueba*. La prueba, como tal, constituye un nuevo aliciente en favor del carácter "fascinante" del objeto de iniciación. Pero esto ocurrirá en la medida en que esta prueba tenga posibilidad de ser aprehendida por el sujeto (el niño) en sus cualidades de coherencia y autenticidad; es decir, en la medida en que la prueba resulte coherente con el "status" alcanzado con la iniciación.

Y es que, en realidad, la prueba no es otra cosa que la comprobación de la "plenitud de ser" que requiere el contacto con el objeto al que el creyente se inicia y con la confianza que, por el hecho de la iniciación, la comunidad deposita en él. Lo que, en definitiva, se prueba es si el sujeto está preparado para asumir la responsabilidad que le otorga su nuevo "status". De ahí la necesidad de que el sujeto capte la coherencia de la prueba con aquello a lo que la superación de la prueba da derecho.

En la prueba, el sujeto deberá poder comprobar que, en la medida de sus posibilidades, ha acortado la distancia entre su indignidad o su incapacidad y la plenitud del objeto. La prueba ha de ser captada, por tanto, por el sujeto como una afirmación de sí más que como una presión o una fiscalización que le viene de fuera.

En términos pedagógicos, la prueba deberá tener, ante todo, efectos de *autoevaluación*. Y debe traducirse en la comprobación de que el sujeto ha alcanzado los objetivos propuestos como base necesaria para que pueda tener lugar la iniciación.

4. La iniciación lleva consigo un nivel determinado de *participación en la acción de la comunidad*. Ello constituye, sin duda, de los más importantes alicientes en la aprehensión del carácter fascinante del objeto de la iniciación, tal como ya he indicado arriba.

Pero, además, esta participación es el componente decisivo del "pués" de la iniciación. En efecto, para que la iniciación sea enriquecida como "gran momento", ya he indicado cómo tiene que constituirse en divisoria para la vida del hombre. De lo contrario la realidad de lo que se designa como "gran momento" y el carácter de la iniciación se trivializa y degenera inevitablemente. La conciencia de derechos adquiridos dentro de la comunidad de participación real en niveles sucesivos de acción de la comunidad es, evidentemente, una de las características fácticas de la iniciación que hacen que ésta se defina a la conciencia con toda la fuerza que supone ser "gran momento".

Cuatro grandes momentos de la iniciación cristiana. Estructura del programa catequético de iniciación cristiana.

Se trata ahora de determinar cuáles pueden ser, desde la perspectiva de una catequesis cristiana, esos "grandes momentos" de la iniciación. O, dicho de otro modo, cuáles son los objetos que pueden ser considerados como "objetos de iniciación" en un proceso catequético infantil.

Al margen de toda otra consideración, y atendiendo tan sólo al paradigma cristiano del Catecumenado, habría que establecer como "gran momento" de iniciación, decisivo para la experiencia de la persona, el Sacramento del Bautismo. Por supuesto, que aquí encontramos con la barrera, aparentemente infranqueable, del "consuetudo" y de su revalidación dogmática, que convierte el tema en cuestión inabordable. Pero no está de más advertir desde el punto de vista de una pedagogía inspirada en la fenomenología de las "condiciones antropológicas de religión", que la praxis se manifiesta como fuente de degradación del lenguaje religioso e, incluso, de la propia experiencia religiosa.

No obstante esta limitación, y aceptando la realidad tal como es, en este momento se nos plantea, aún a sabiendas de su flaqueza, pero sólo que es posible articular un proceso catequético en el que los objetivos, contenidos y metodología se aglutinen en función de hitos fundamentales de iniciación, que responda a los procesos mediante los cuales el síquismo del hombre se va abriendo a la vida religiosa.

1. INICIACION AL SIGNO DE LA CRUZ

Sería el primer paso en el proceso de iniciación. Supondría el encuentro con lo más genuino del hecho cristiano. El primer paso de acercamiento al contenido del Mensaje. La primera noticia sobre Jesús. Una pre-catequesis que fundamente el valor histórico del Misterio cristiano.

En efecto, la Cruz es un objeto con el que el niño puede encontrarse habitualmente. Aparece como un dato cultural más, vinculado a lo religioso. Por otro lado, se trata de una representación que, dentro de la especie, SINGULARIZA a una persona. Los lugares donde se encuentra colocado también lo singularizan respecto al resto de los objetos. Se tratará, inicialmente, de llamar la atención del niño sobre esta singularización objetiva. A partir de ahí, el proceso de la iniciación consistirá en crear en el niño un movimiento reflejo que le lleve a la búsqueda del significado que la Cruz tiene para quien la ostenta.

Iré describiendo, en relación con el signo de la Cruz, los componentes más significativos del proceso de la iniciación:

- a) *La distancia de conciencia.* Los elementos que enumero a continuación pueden contribuir a crear en el niño la distancia de conciencia, característica de la iniciación religiosa:
- Hacer que los niños observen el signo de la Cruz en aquellos lugares donde la presencia del crucifijo es característica. Que observen la "señal de la Cruz" realizada por personas adultas. Que caigan en la cuenta de cómo muchas personas llevan sobre sí, como distintivo o como joya, una cruz.
 - En el recinto de la Catequesis *no hay crucifijo*. Hacerles notar y sentir a los niños esta ausencia. Explicar el por qué de la ausencia: aún no sabemos lo suficiente, aún no estamos preparados...
 - Al comienzo de la Catequesis no se hace la señal de la Cruz ni se reza. Que los niños observen cómo otros grupos de ya iniciados sí que lo hacen. Hacerles sentir también esta ausencia en ellos. Indicarles con frecuencia que, cuando estén preparados, también ellos podrán hacerlo.
 - Presentar como vedada la entrada en la iglesia (templo), por el hecho de que aún no poseen la Cruz del cristiano. Anunciarles que, cuando reciban la Cruz, entonces podrán entrar.

- Insistir en lo que será el rito de la iniciación: la investida de la Cruz, que les dará derecho a llevarla sobre sí como distintivo. Indicarles que, mientras no se dé esta imposición de la Cruz, deberán abstenerse de llevarla ni siquiera como adorno.
- Si esta iniciación se realiza en colaboración con los padres, pueden contribuir a crear en el niño esta distancia de conciencia en su propio hogar. Sobre la cama del niño no poner un crucifijo; explicarles por qué. Proyectar con él la colocación de una Cruz para el momento en que tenga lugar la iniciación...

b) *El contenido de la Catequesis.* Ya he indicado cómo respecto de los contenidos se trata aún de un estadio de pre-catequesis. También he indicado cómo se trata, asimismo, de un primer acercamiento a la noticia de Jesús, y que se sintetiza en el signo de la Cruz.

- A grandes rasgos se expondrá a los niños una breve noticia del Jesús histórico. En esa noticia se pondrán de relieve:
 - Por una parte, personajes claves que entran en la escena de la acción de Jesús: María, José, Pedro y los discípulos.
 - De otro lado, las actitudes fundamentales de Jesús, que dan coherencia lógica al hecho de su muerte salvadora. Relacionar estas actitudes a través de las propias acciones de Jesús.
 - Tal noticia histórica deberá ser presentada como un testimonio de los discípulos o de creyentes de la propia comunidad.
- Al mismo tiempo se desarrollará en la catequesis el sentido de la observación de lo que hacen los adultos ya iniciados, especialmente todo en la acción litúrgica y, en especial, en torno a la realización litúrgica del signo de la Cruz.

c) *La prueba.*—Esta no deberá ser nunca planteada con los niños como una evaluación escolar, sino como una comprobación de plenitud de ser que consigue, a su nivel, el niño en este período de preparación a la iniciación.

- Por supuesto, que la prueba llevará consigo una superación en el plano cognoscitivo. El examen sobre los contenidos del programa de iniciación es un aspecto fundamental, como lo es también en el ambiente catecumenal de la primera comunión cristiana.

- Otro aspecto de la prueba será la realización correcta de la señal de la Cruz por parte del niño.
- Evidentemente, la prueba habrá de extenderse también a las actitudes puestas de relieve en la propia persona de Jesús, y que significan, en el creyente, identificación con él. Por supuesto que este aspecto de la prueba no puede ser objeto de un examen, sino de la observación sobre el niño en los diferentes medios en que se mueve. Ello exige, naturalmente, la coordinación y el diálogo entre la familia, el Colegio y el Catequista.

d) *El rito de la iniciación.* Sugerirá, tan sólo, un esquema genérico al que, según las circunstancias, pueda completarse con acciones y signos paralitúrgicos complementarios. Habrá que tener en cuenta que, en el conjunto de la Celebración, no tengan cabida elementos que habrá de ser objetos de iniciaciones posteriores. Tampoco debe olvidarse la agilidad y brevedad de la celebración, teniendo en cuenta la edad de los niños. Mas no por ello deberá estar el acto menos cuidado ni disminuir la intensidad expresiva del mismo.

Primera parte

- I. La Comunidad de adultos o de ya iniciados está dentro del recinto del templo. Los niños que se inician, fuera. Las puertas del templo están cerradas.
- II. Los niños entonan un cántico de petición de entrada. Llaman a la puerta.
- III. La puerta se abre. La Comunidad adulta que está dentro (o una representación, si ésta es numerosa) sale a recibir a los niños precedida de la cruz procesional.
- IV. Diálogo entre sacerdote y niños, al estilo del que, en el ordo del Bautismo tiene lugar a la puerta de la Iglesia.
- V. Los niños entran procesionalmente en la Iglesia, acompañados de los adultos que han salido a recibirles.

Segunda parte

- I. Los niños están dentro de la Iglesia, pero en lugar separado de la comunidad adulta.
- II. Canto de aclamación a la Cruz.

- III. Puede tenerse una homilía breve que resuma las catequías preparatorias y resitúe a los niños en lo que están realizando.
- IV. Los niños van pasando procesionalmente hacia el presbiterio donde les es impuesta una cruz, como alfiler o colgante. Pueden salir también en el momento de la imposición los padres de cada niño para actuar a modo de testigos.
- V. Realización solemne de la señal de la Cruz.

e) *Los derechos de participación.* A partir de este momento de iniciación, todos aquellos datos que contribuyeron a crear la base de conciencia quedarían explícitamente suprimidos. Por ejemplo:

- Al comienzo de la siguiente sesión de Catequesis podrá tener un pequeño rito de instauración del crucifijo en el lugar donde los niños se reúnen.
- Si antes ha existido la necesaria colaboración y relación con los padres, vueltos a casa, después del rito de la iniciación podrían colocar un pequeño crucifijo en la habitación o sobre la cama del niño.
- Se les puede pedir a los niños que, cuando vayan a la Catequesis, lleven, en adelante, la cruz que se les ha impuesto.
- Se les hará entrar de vez en cuando en la Iglesia, indicando cómo pueden hacerlo ya, por el hecho de haber recibido la Cruz.
- La Catequesis podrá comenzar, en adelante, por la señal de la Cruz y alguno de los cánticos de la Celebración de iniciación.

2. INICIACION A LA ORACION

En el catecumenado cristiano encontramos un rito de iniciación universal e importante: la Comunidad entrega al catecúmeno la oración del Padre Nuestro.

Tengo la impresión, después de bastantes años en contacto directo con experiencias de catequesis y catequistas, de que la catequesis litúrgica viene siendo la auténtica céntrica de la educación religiosa cristiana. Y, dentro de la catequesis litúrgica, la iniciación a la oración resulta particularmente indigente. De ahí que me parece de todo punto necesario un período destinado específicamente a esta iniciación. Y, por supuesto, tanto la historia cristiana como

la comprobación de la historia religiosa del hombre apoyan, sin ningún género de duda, este tipo de iniciación.

Evidentemente, también la oración es un dato del ambiente religioso con el que el niño, en una u otra forma, se ha encontrado. Es posible que, incluso antes de acercarse a la catequesis, el niño ya conozca algunas fórmulas de oración y las haya recitado. Como en el caso de la Cruz, la misma actitud o los mismos momentos en que han sido recitadas estas oraciones constituye de por sí un factor de singularización de las palabras o la actitud de oración sobre otras palabras o actitudes del mundo ambiente. Debo añadir que el hecho de que el niño conozca ya algunas oraciones o las haya recitado en el marco familiar o de la escuela no creo que sea un obstáculo serio para que tenga lugar el hecho y la experiencia de la iniciación. Sobre todo, si ésta se plantea en términos adecuados y hace especial hincapié, ya sea en el aspecto comunitario de la misma, ya en la importancia de las oraciones que vamos a conocer.

a) *La distancia de conciencia*

- Los niños, al comenzar las catequesis, no rezan en común. Es esta una ausencia que habrá que hacerles sentir. El Catequista sí podría recogerse un momento para orar, como un elemento pedagógico más para establecer el contraste y la ausencia de oración por parte de los niños.
- Después de la iniciación a la Cruz, los niños ya hemos dicho que pueden entrar en la Iglesia. Aún no rezarían en ella, ni participar en las oraciones de los mayores o de los ya iniciados. Podrían, por ejemplo, asistir con los niños mayores al comienzo de una Celebración y retirarse en el momento en que éstos van a orar.
- Insistir a los niños en que hay una oración que enseñó Jesús. La mejor oración, la más bonita. Pero esa oración no se puede decir hasta que no se esté preparado para ello.
- En la sala de Catequesis, en un lugar relevante, hay un pequeño libro donde están las oraciones. Pero ese libro no se puede abrir ni ver lo que en él hay hasta que no se dé la iniciación.
- En la familia, en el caso de que se haga alguna oración, excluir al niño de participar en ella. Para hacer esa oración hay que estar preparado. Después de la iniciación podrán ya orar con los mayores.

b) *El contenido de la Catequesis*

Cuando se habla de iniciación a la oración, existe una preocupación inicial, bastante acentuada, por las fórmulas. Pienso, sin embargo, que el proceso catequético, la fórmula debe ser el punto de llegada. La Catequesis puede ir iluminando aspectos parciales de cada una de las fórmulas de oración en las que se va a iniciar.

Para entender lo que esta iniciación supone, no se puede perder de vista que la fórmula de oración es, a todos los efectos, un signo litúrgico. La Catequesis, por tanto, deberá orientarse a la asimilación por parte del niño de los valores reales del signo litúrgico: su valor conmemorativo (referencia a la historia de salvación), su valor expresivo de referencias o actitudes humanas que se expresan mediante fórmulas verbales de significación similar, su valor normativo (o implicaciones en la conducta de quien se expresa mediante cada fórmula) y su valor profético (qué es lo que espera quien se expresa con la fórmula de oración).

De este modo, un ciclo de catequesis que consiste básicamente en una iniciación a la oración, supone la posibilidad de una asimilación completa del Mensaje cristiano, tal como preocupa al Director General de Pastoral Catequética.

- Las oraciones en las que se iniciará serán, básicamente, el Padre Nuestro y el Ave, María. A éstas pueden añadirse otras fórmulas de oración de uso más habitual en la zona en que tiene lugar la Catequesis, o algunas fórmulas litúrgicas más significativas de celebraciones sacramentales.
- A partir de las fórmulas de oración programadas en los contenidos de la Catequesis, se deberá iniciar al niño a los distintos tipos de oración, expresivos de situaciones diferentes de experiencia: acción de gracias, petición, solicitud de perdón.
- La iniciación a la oración requiere, por supuesto, la iniciación a la presencia de Dios, como interlocutor del orante.
- Sobre la metodología a utilizar en el desarrollo de estos contenidos quiero hacer explícitos algunos puntos:
 - Las catequesis sobre la oración del Padre Nuestro deben realizarse al final del desarrollo del programa, y mantener así a los niños en el deseo de llegar a la "creación de Jesús".
 - Las catequesis pueden articularse en torno a las diferentes expresiones o frases significativas de cada fórmula.

En efecto, si esta preparación la entendemos como una iniciación a la plena participación eucarística del niño, un aspecto importante de tal preparación es la participación en la Liturgia de la Palabra. También en la primera comunidad cristiana el proceso catecumenal es significativo a este respecto. Encontramos una "traditio" del Evangelio al catecúmeno, acompañada del correspondiente derecho del catecúmeno a participar en la Liturgia eucarística de la Palabra.

a) *La distancia de conciencia* tendrá como puntos de referencia fundamentales la no participación en la Liturgia de la Palabra y la intercepción de acceso directo al Evangelio (con mayor razón, a la Escritura, en su totalidad).

- En lugar muy destacado del local donde se desarrollan las catequesis está situado el Evangelio. Pero no se puede abrir, no se puede leer en él hasta que no se haya efectuado la iniciación.
- Los niños tampoco podrán leer ni tener ejemplares del Evangelio.
- Los alumnos mayores y los adultos tienen reuniones en las que se lee el Evangelio. Los niños que aún no han pasado la iniciación no pueden asistir a ellas.
- Si, como indicaba en la iniciación a la oración, en la Celebración litúrgica a los niños se les hace salir una vez finalizado el rito de entrada, tendremos un factor que pone seriamente en relieve la "distancia de conciencia".

b) *El contenido de la Catequesis* girará, en este período, en torno al sentido y al valor de la Palabra para la Comunidad cristiana y en la iniciación plena al contenido del Evangelio.

- La estructuración de dichos contenidos puede estructurarse en torno a los siguientes núcleos:
 - los HECHOS de Jesús,
 - las PALABRAS de Jesús,
 - la COMUNIDAD de los que creen en la Palabra.
- En cuanto a la estructuración temática y metodológica de estas Catequesis puede verse el primer ciclo —1.º, 2.º y 3.º cursos de E. G. B.— realizado por el autor de este artículo y publicado por Ediciones Didascalia. Puede verse, asimismo, la separata del mismo autor y la misma editorial que lleva por título "De la experiencia religiosa a la expresión de la fe".

- En cuanto a los aspectos referentes a la metodología que impone con este esquema de iniciación indicaré que, a lo largo de este período, las narraciones o los textos evangélicos deberán ser siempre **CONTADOS** a los niños, en lugar de leerlos. Y no sólo por atención a las capacidades de lectura y comprensión de los niños, sino porque este hecho repite un hecho decisivo en la historia religiosa, del que no escapa la historia cristiana: las enseñanzas y los mitos constituyen siempre en un primer momento, una “traditio” oral.

c) *La prueba*, en este paso de la iniciación, irá orientada así:

- Desde el punto de vista de los conocimientos, el dominio de los principales contenidos del Evangelio que han sido propuestos en este período.
- Desde el punto de vista de la madurez en la fe, la prueba consistirá sobre la capacidad para descubrir en la realidad personal de la persona y de la comunidad la presencia y la acción del resucitado.
- Desde el punto de vista de la conducta habrá que comprobar hasta qué punto esta presencia y acción del resucitado se han convertido para el niño en criterio que rige sus actitudes fundamentales.
- Más arriba, a propósito de la primera de estas iniciaciones apuntado que no puede hacerse la prueba de tal manera que el niño identifique esta comprobación de su “nivel de ser” con un examen escolar. Lo dicho sigue, en este momento, especialmente vigente. Los aspectos de madurez en la fe y crítica de conducta han de cobrar aquí un particular relieve. Y precisamente, no sólo como motivación pedagógica, sino por la seriedad del hecho mismo y por lo que supone de tomar en cuenta al niño y sus “posibilidades de ser” que este paso reclamado por la comunidad cristiana —educadores y padres de común acuerdo— deberían mostrarse exigentes con el niño en la superación de esta prueba. El hecho de que la prueba no pueda ser superada por el candidato que no cumple con ciertas garantías va a suponer, por descontado, una mayor valoración de la iniciación por parte del niño.

d) *El rito de la iniciación* puede plantearse dentro de la Celebración eucarística (y, en este caso, tendría lugar al terminar la celebración colecta, antes de la Liturgia de la Palabra) o en una celebración de la Palabra, cuyo objeto específico fuera esta iniciación. En ninguno de los casos deberá faltar:

- I. Una petición, por parte de los niños, de que quieren recibir el Evangelio.
- II. Procesión con el Libro de la Palabra que se lee en Comunidad.
- III. La entrega de un ejemplar del Evangelio, realizada por el sacerdote y los propios padres del niño.
- IV. Lectura solemne de la Palabra en la que tenga un especial relieve la participación de los niños (mediante aclamaciones, por ejemplo).
- V. Una de las lecturas, realizada por un niño.
- VI. Asistencia a toda la Celebración de la Palabra realizada por la Comunidad adulta.

e) *Los derechos de participación* vuelven, evidentemente, a incidir sobre las barreras que establecieron la distancia de conciencia.

- Cuando los niños vuelvan a su local de Catequesis harán una lectura y apertura solemnes del Evangelio sellado que presidía el local.
- Podrán asistir con otros grupos a celebraciones de la Palabra en las que se lea el Nuevo Testamento.
- Podrán estar presentes, con la Comunidad adulta, a la liturgia de la Palabra, en la Celebración eucarística, y retirarse después del Evangelio.
- En adelante llevarán a Catequesis su ejemplar del Evangelio y trabajarán con él.

4. INICIACION A LA PARTICIPACION EUCARISTICA Y LA COMUNION

Es esta iniciación la que, de toda la tradición catecumenal de la Iglesia, conserva mayor actualidad. Ocurre, sin embargo, que existe una serie de factores que le restan la fuerza necesaria para que, en cuanto rito de iniciación, pueda ser vivido por el niño como un "gran momento" de su iniciación religiosa. Atendiendo a ello, me limitaré a poner de relieve las facetas que, dentro del esquema de exposición que vengo siguiendo, puedan contribuir a dar a esta preparación un carácter más acentuado de "objetivo de iniciación"

a) *La distancia de conciencia*, en la praxis actual, conserva su carácter religioso en lo que respecta a la comunión en mí misma como

acto consistente en comer el pan eucarístico. Sin embargo, los elementos importantes en lo que se refiere a la participación, es lo que ello hace que la experiencia de "gran momento" nazca hoy en el niño no tanto de la propia iniciación cuanto de factores sociales ajenos al carácter religioso de la misma. Convendrá poner relieve otros aspectos que contribuyan con mayor autenticidad a crear la distancia de conciencia.

- No se puede participar en la liturgia eucarística de la Comunidad adulta. Por tanto, supuesto que se ha dado la iniciación a la Palabra, una vez terminada la homilía, los niños deben abandonar el local de la Celebración.
- Ante la pregunta, ya formulada por niños de esta edad, sobre qué es lo que hacen los mayores cuando ellos se marchan, la respuesta será que ello no se puede saber mientras ellos participen también.
- Pueden acercarse al presbiterio e, incluso, subir a él; pero el altar no se puede tocar.
- Pueden y deben ver el cáliz, la patena, el copón..., pero muy poco se podrán tocar.

b) *Los contenidos de la Catequesis* deberán articularse en torno a los signos de la Celebración eucarística y su participación en ella. Ya he indicado que esta iniciación supone continuidad con la anterior. De este modo:

- En la Iniciación al Evangelio habrían sido desarrollados los siguientes signos:
 - Comunidad (rito de la reunión-entrada).
 - Palabra (Liturgia de la Palabra).
- Los contenidos de esta iniciación serían:
 - La ofrenda (rito de las ofrendas).
 - La Fracción del pan (consagración y comunión).
- Vale aquí la misma indicación hecha ya a propósito de los contenidos de iniciación a la oración. Si, por tratarse de signos litúrgicos, la catequesis va orientada al descubrimiento de cuatro valores fundamentales, cada uno de estos ciclos de iniciación permitirá un redescubrimiento de la totalidad del Mensaje cristiano en perspectivas completamente renovadas cada vez.

c) *La prueba*. Respecto de ella, no puedo por menos de insistir en dos puntos:

- El primero, frente a una praxis vigente, pero que no cuenta con aval de ninguna clase. Se trata de la condición memorizante de ciertos tipos de pruebas que existen en la actualidad. La "comunión" se convierte en el pretexto para hacer aprender al alumno cuanto parece fundamental, sobre todo en lo que atañe a fórmulas de oración y fórmulas doctrinales del Catecismo. Ninguna relación tienen estas pruebas con el genuino sentido de la prueba religiosa. Ninguna relación descubre la experiencia del niño entre la memorización exigida y el hecho de recibir la Comunión.
- El segundo de los puntos sobre el que quiero insistir es el de la seriedad de la prueba. Se trata de comprobar el nivel de madurez cristiana que requiere la *participación eucarística*, en su totalidad, y no sólo el hecho de acercarse a comulgar. Tomar en serio este nivel de madurez es hacer que el propio niño lo tome y pueda convertirse para él mismo en un objetivo de superación.

c) Sobre el *rito de la iniciación* poco es posible añadir, puesto que el desarrollo de la celebración eucarística está perfectamente trazado. Tan sólo una observación que deberá tenerse en cuenta en el momento de concretar algunos signos para la celebración: que ésta ponga de relieve en todo momento el protagonismo del niño como participante activo.

d) Esta misma es la condición indispensable para que los *derechos de participación* puedan sentirse como tales en celebraciones eucarísticas posteriores. Si la participación posterior del niño en la Eucaristía se limita a engrosar el número de los pasivos es evidente que el desencanto llenará la conciencia con la sensación de que los "grandes momentos" no valieron la pena.

VII. EL FUTURO DE LOS "GRANDES MOMENTOS"

La frustración a que acabo de referirme puede venir por otro camino: si los "grandes momentos" terminan con la iniciación eucarística.

Desde un punto de vista objetivo, la participación eucarística no agota la acción de la Comunidad cristiana. Quiero decir que la iniciación a otros aspectos de la acción de la Iglesia es, no sólo po-

sible, sino absolutamente necesaria. Piénsese, por ejemplo, lo podría suponer la iniciación a los diversos aspectos de la "misión" de la Iglesia.

No obstante, desde el momento en que intentamos llevar la iniciación más allá de la participación eucarística, nos encontramos con otros problemas de fondo que parecen abortar toda posibilidad de futuro. Y ello no por falta de posibilidades en la estructura del proceso catequético, sino por problemas de estructura de la propia Iglesia. Hasta aquí se ha podido ir aglutinando en la acción catequética una comunidad fluctuante, en el sentido que no ha sido comprometida más allá de los momentos de participación litúrgica. Pero, fuera de ello, para poder continuar la iniciación más allá de este estadio, no nos basta una comunidad fluctuante. Es absolutamente necesaria una comunidad estable comprometida en algún tipo de acción inherente a la "misión" de la Iglesia.

Por ello, no me es posible, en este momento, otra cosa que llamar la atención. El mejor proceso catequético puede resultar a la postre, una frustración, si la comunidad cristiana no se hace protagonista de la acción eclesial. Pero trazar los supuestos de esta acción eclesial de una comunidad viva y aglutinar en esos supuestos el futuro de la iniciación cristiana es un trabajo que, como tantos otros, de momento debe quedar pendiente.

Vuestros hijos no son hijos vuestros.
Proceden de vosotros, pero no son vuestros,
y, aunque estén a vuestro lado,
no os pertenecen.
Podéis cobijar sus cuerpos,
pero no sus almas,
porque sus almas esperan la familia del mañana
que vosotros no podéis vislumbrar
siquiera en vuestros sueños.
No intentéis hacerlos semejantes a vosotros,
porque la vida no retrocede,
ni es posible quedarse en el ayer.
Vosotros sois el arco
del que vuestros hijos
salen disparados cual dardos vivientes.
El arquero ve la meta
en el camino del infinito
y os tensa con su poder
para que sus dardos vuelen veloces hacia la lejanía.

(KAHLIL GIBRAN)